

## CAPITULO XXXVIII.

Donde aparece el tigre bajo el cordero.



JUAN de Aguado habia desempeñado su papel cerca de los reyes á las mil maravillas.

No dudaban sus majestades de que Colon veria un acto de deferencia hácia él en el nombramiento de aquel hombre, que tantas pruebas de simpatías hácia su persona habia dado.

Pero ántes de partir habia conversado largamente con Fonseca, y en vista de que habia obtenido de los reyes ámplios poderes para disponer lo que creyera más oportuno, le encargó mucho el obispo que procurara ponerse bien con los enemigos de Colon á fin de aislarle, empleando al mismo tiempo para con él cierta arrogancia que le obligase á perder la paciencia y á tomar medidas severas, en las cuales podria fundar las acusaciones contra él.

Acompañó á Juan de Aguado en su viaje Diego Colon Pero no iban en la misma carabela.

Despues de un viaje próspero, llegaron las carabelas á la colonia á mediados de Octubre.

Colon habia salido, como he indicado ya en otra parte á restablecer la tranquilidad en el interior de la isla, alterada por el descontento de los indios, á quienes costaba mucho trabajo reunir el tributo y hacian todo lo posible para atacar

las fortalezas y deshacerse poco á poco de los españoles que solos ó en pequeñas partidas recorrian el territorio.

Gobernaba la colonia en ausencia de Cristóbal su hermano Bartolomé, y al desembarcar Juan de Aguado, olvidándose por completo de los beneficios que le habia dispensado el almirante, y de la intencion que habian tenido los reyes al enviarle allí, se mostró desde luego orgulloso y déspota, y entrando en la colonia como en país conquistado, sin hacer caso para nada de Bartolomé Colon, dispuso al desembarcar que en el término de breves horas le rindiesen cuenta los empleados administrativos.

Llevaba ademas una lista de las personas más adictas á Colon, y so pretexto de que habian incurrido en faltas censurables, dispuso que fueran presas y conducidas á bordo para ser escoltadas por las tropas que llevaba.

Asimismo anunció que recibiria en audiencia á todos los colonos para oír sus quejas y conocer á fondo su verdadera situacion.

Gran asombro causaba á Bartolomé que un hombre á quien, segun sus noticias, habia favorecido tanto su hermano, se atreviese á dar aquellas disposiciones sin contar con él, y con una autoridad que parecia superar á la del almirante.

A pesar de que su carácter le impulsó desde luego á pedir explicaciones á Aguado y á suspender sus órdenes, el temor de incurrir en el desagrado de su hermano, que no apelaba á la violencia sino como último recurso, le hizo buscar á Diego para preguntarle cuál era la actitud en que estaban los soberanos y qué clase de poderes llevaba Juan de Aguado para obrar de aquel modo.

Temeroso éste de que Diego perjudicase sus intentos, dispuso que todos los que iban en la carabela que le habia conducido á bordo permaneciesen sin desembarcar hasta recibir sus órdenes.



Bartolomé tuvo que ir á buscarle á la misma carabela.

No ménos asombro que habíá causado á Bartolomé la arrogancia de Aguado causó á Diego.

—Estoy seguro, dijo, de que los reyes no le han dado poderes para tanto. Es verdad que á mi llegada á España se habian fulminado graves calumnias contra Cristóbal; pero fueron desmentidas y castigados los que se habian atrevido á mancillar su honra. La mision de Aguado no es otra que la de oír á Colon, enterarse por él de las necesidades de los colonos y de las esperanzas que tienen de conseguir la realizacion de sus planes, para comunicar estas noticias á los reyes. Por lo tanto, si ha dispuesto otra cosa se extralimite y habrá que contenerle.

—Basta, dijo Bartolomé; ahora sé yo lo que me resta hacer.

Y desde luego dispuso que saltaran á tierra todos los que iban en la carabela.

Inmediatamente, en compañía de su hermano Diego, se dirigió á la residencia que habia ocupado Aguado.

—Mucho me extraña, dijo, que siendo yo, en ausencia del almirante, gobernador de la colonia, no hayais procurado verme, y sobre todo no me hayais consultado ántes de tomar las resoluciones que me acaban de comunicar.

—No os reconozco para nada, dijo Aguado.

—Y sin embargo, en esta colonia no hay más que un jefe.

Ese jefe tiene plenos poderes para delegar su autoridad en quien mejor le parezca. La ha delegado en mí; yo mando aquí, y por nada del mundo consentiré que se invadan mis atribuciones. Mostradme los poderes que teneis para venir aquí con esos fueros, con esa arrogancia, y si son de tal naturaleza que os den la razon, seré el primero en acatarla; pero de lo contrario, os participo desde ahora que ninguna de vues-

tras órdenes se cumplirá, y que podrá muy bien suceder que os arreste hasta que disponga el almirante qué ha de hacerse con vos.

—Hacedlo si quereis, pero temed las consecuencias de ese desacato.

—Os he pedido que me mostreis vuestros poderes. Para tomar una resolucion es necesario que yo sepa con quién hablo.

—Hablais con don Juan de Aguado, enviado de los reyes de España, y esto debe bastaros.

—No me basta.

—Pues sabed que no reconozco en vos facultad alguna para interrogarme. Al almirante le daré las explicaciones que crea convenientes; á vos ninguna.

—Bien está, dijo Bartolomé.

Y mandando llamar á un oficial, le dió orden para arrestar á Aguado.

El oficial le intimó á que se rindiera, y Aguado entónces, mostrándole la credencial de los reyes:

—Ved si podeis prenderme, le dijo.

El oficial leyó el documento que ya conocen mis lectores, y no se atrevió á cumplir la orden de Bartolomé.

Inmediatamente dispuso Aguado, para humillar al almirante, que un pregonero recorriese la colonia leyendo en alta voz los poderes con que le habian investido los reyes.

La mayor parte de los colonos, en vista de aquello, miraron con cierta veneracion á Aguado; los empleados cumplieron sus órdenes, y los soldados condujeron á su presencia prisioneros á los que habia designado el investigador.

Bartolomé y Diego partieron por distintos lados en busca del almirante.

Aguado quedó dueño de la colonia.



Aprovechando aquella circunstancia en su favor, hizo circular la voz, por medio de sus servidores más adictos, de que Colon habia caído en desgracia.

Todos empezaron á considerarle como su sucesor en el mando, y sucedió lo que sucede siempre.

El deseo de halagarle llevó á su partido á casi todos los colonos.

Para amedrentarlos más y más, anunció Aguado solemnemente que iba á hacer las más minuciosas investigaciones acerca de lo que habia pasado en la colonia, y que estaba resuelto á evitar en lo sucesivo toda clase de desórdenes, dando ejemplar castigo á los culpables.

Abrió inmediatamente una informacion, y empezó tomando declaraciones á las personas que más enemistad manifestaban hácia el almirante y su familia.

El que ménos acusaba á Colon de un despotismo intransigente.

Los unos pretendian que su ignorancia les habia obligado á pasar grandes trabajos, otros suponian que su debilidad era la causa de las vejaciones que habian sufrido, otros atribuian á su mala administracion la escasez de víveres que habian experimentado y los males que habian tenido que lamentar.

Todos los improprios, todas las calumnias se apuraron para aglomerar las acusaciones en aquella investigacion que con tanto contento llevaba á cabo Aguado para satisfacer su vanidad y adquirir méritos á los ojos de Fonseca.

Domina lo por la pasion, sin la suficiente capacidad para distinguir lo que habia de cierto y lo que era calumnioso en aquellas quejas, ávido de encontrar motivos suficientes para condenar al almirante, en todas aquellas culumnias veía Aguado testimonios fehacientes de su mala fe y de la escasa inteligencia de Colon.

Soberbio con este fácil triunfo, aprovechó la circunstancia de la ausencia del almirante para asegurar á todos que si se habia alejado era con el objeto de no hallarse presente durante aquel interrogatorio, y se pavoneaba diciendo á todos:

—Me teme, huye de mí: es un verdadero culpable.

Creyendo que su presuncion era realidad, se aventuró á decir que en cuanto supiera el almirante su llegada, reuniria todas las fuerzas que tenia á su mando para darle una batalla, y ver si de este modo podia evitar que se supiera en España la verdad de su infame conducta.

Partiendo de este supuesto, resolvió formar un grupo con la caballería que tenia y alguna infantería, y salió en su busca para prenderlo si oponia resistencia y conducirlo á España con la sumaria, para que recibiera el castigo que merecia.

Todas estas disposiciones, la arrogancia con que hablaba Aguado, las promesas que hacia á todos los que se mostraban hostiles á Colon, les hizo creer que no tardarian en ver al almirante reemplazado por aquel hombre y se pusieron por completo de su parte.

No faltaban, sin embargo, algunos que, apreciando en su justo valor la autoridad de Colon, andaban rehacios y suponian que, dada la energía de su carácter, no consentiria que quedasen impunes los actos del investigador.

Cuando Colon supo por su hermano Bartolomé la llegada de Aguado y la actitud violenta que habia tomado desde el primer momento, apresuró su regreso á la Isabela, dispuesto á pedir cuenta á aquel hombre de la conducta que observaba.

Pero durante el camino reflexionó.

Habia sufrido demasiado en el mundo para que no pudiera contener sus pasiones.

A pesar de las excitaciones de Bartolomé, resolvió mos-



trarse cortés, seguro de que le dominaría más fácilmente con su bondad que imitando su propia conducta.

Aguado supo la determinacion de Colon, y aunque temia su entrevista con él, escudado en la credencial de que iba investido esperaba justificar las medidas que habia tomado, fundado en su celo por servir á los reyes.

Llegó Colon á la Isabela en medio de la ansiedad de los colonos.

Todos aguardaban una catástrofe.

Colon se hospedó en su palacio, y envió á decir á Aguado con su hermano Diego que al dia siguiente le daría audiencia.

Aguado, por su parte, dispuso que volvieran á pregonar sus credenciales ántes de que llegase la hora de presentarse á Colon.

Oyó éste al pregonero, mandóle llamar, y reuniendo en torno suyo á las personas más importantes de la colonia:

—Pregonad aquí, le dijo.

El pregonero obedeció, y despues de terminado el pregon:

—Ahora yo os mando que continueis dando cuenta á todos los colonos de esa real órden.

Al dia siguiente se presentó Aguado á él sin atreverse á alzar los ojos en su presencia.

Quiso el almirante que asistieran á aque la entrevista la mayor parte de los españoles que habia en la colonia, y todos aguardaban con ansiedad aquel momento.

—Bien venido seais, dijo Colon á Aguado. No os preguntaré ya cuáles son los motivos que os han traído, porque he oido pregonar la credencial que os han dado los reyes. Vassallo leal, estoy siempre dispuesto á cumplir la voluntad de mis soberanos. Siento en el alma, añadió en medio de la turbacion de Aguado y de la sorpresa de todos, no haber estado

aquí cuando llegasteis, porque de lo contrario me hubiera apresurado á recibiros, y yo mismo habria dado las órdenes para facilitaros las noticias que deseais, evitándoos el inmenso disgusto que habreis experimentado seguramente al tener que residenciar y poneros en pugna con un hombre á quien tantas pruebas de afecto habeis dado en la corte, con un amigo á quien sin duda alguna debeis el gran favor que disfrutais cerca de los soberanos de España.

Aquellas palabras produjeron una reaccion favorable hácia Colon en su auditorio.

Aguado sintió todo el peso de su humillacion.

Habia dictado aquella medida sin otro objeto que el de excitar la cólera del almirante, obligándole á cometer algun acto violento; pero aquella moderacion, aquella mansedumbre, aquella digna ironía con que le castigaba, le desarmaba por completo, le ponía en ridículo á los ojos de todo el concurso.

No tuvo más remedio que ahogar la ira que ardia en sus labios, mostrándose cortés y escudando sus actos con el deseo que tenia de llenar su mision cumplidamente.

—Yo mismo os autorizo, dijo Colon, para que hagais cuantas informaciones tengais por conveniente, y si es preciso, os ayudaré en esa empresa.

Aguado se retiró corrido.

No habia logrado su objeto.

No podia luchar con el almirante con la arrogancia del leon, pero podia acecharle como el tigre y emplear la astucia para conseguir el objeto que le habia llevado á la colonia.